

CRÍTICA

EDUARDO
MANZANO

ESPAÑA DIVERSA

CLAVES DE
UNA HISTORIA PLURAL



A LA VENTA EL 3 DE ABRIL

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Salvador Pulido (Gabinete Colaborador)

647 393 183 / salvador@salvadorpulido.com

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

«Lo que pretendo es explicar que la diversidad que sigue existiendo en la España del siglo XXI ni es un “invento” de los nacionalismos periféricos ni un “fracaso” del estado español. Es el resultado de una coexistencia de comunidades políticas y culturales a lo largo de siglos que vivían de espaldas las unas de las otras.»

La historia de España es la historia de un pasado cambiante, paradójico e inasequible a la simplificación, cuya riqueza y complejidad recupera en este libro su centralidad. Frente a interesadas lecturas esencialistas y a ideológicos combates por el relato que abundan en la actualidad, Eduardo Manzano nos propone un apasionado y apasionante viaje para redescubrir este legado en forma de mosaico de identidades, culturas, territorios, lenguas y civilizaciones. Desde la Hispania romana a la carrera de Indias, desde el Al-Andalus musulmán a la Transición y desde el Sefarad judío a la unificación borbónica, se ofrecen las **claves de una historia plural y provocadora**, documentada e irónica.

Con una narrativa potente, alejada del lenguaje académico y no falta de ironía, *España diversa* no solo desescombra nuestra historia de tópicos, sino que nos enseña que **es el cambio, y no el mantenimiento de las esencias, lo que nos caracteriza**.

EL AUTOR



EDUARDO MANZANO MORENO es profesor de Investigación en el Instituto de Historia del CSIC y British Academy Global Professor en la Universidad de St. Andrews en el Reino Unido. Ha sido profesor visitante en las universidades de Oxford y Chicago, y director del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC. Su trabajo se ha concentrado en la historia de al-Andalus y en las implicaciones sociales de la Historia y de la profesión de historiador. Ha publicado numerosos trabajos de investigación en revistas y volúmenes colectivos tanto dentro como fuera de nuestro país, siendo un acreditado conferenciante en foros nacionales e internacionales. Entre sus obras destacan *Conquistadores, emires y califas. Los Omeyas y la formación de al-Andalus* (Crítica, 2006), *Epocas Medievales*, vol. 2 de la Historia de España dirigida por J. Fontana y R. Villares, (Crítica 2010), «The Iberian Peninsula and North Africa» en *The New Cambridge History of Islam* de Ch. Robinson (vol. II, 2009), *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder* junto con Sisinio Pérez Garzón, Aurora Rivière y Ramón López Facal (Crítica, 2000). *La Corte del Califa* ha sido traducido al inglés y al alemán en 2022 y 2023.

ALGUNOS EXTRACTOS

«En este libro, planteo una visión de la historia de España distinta a la que se está alimentando desde las trincheras de las guerras culturales y nacionalistas que estamos padeciendo. No he tratado de escribir una historia equidistante. Mi objetivo ha sido describir el pasado de este país desde una perspectiva diferente a la que generalmente se propone. El punto de partida es que la historia de España está marcada por una diversidad que no siempre se ha sabido identificar ni valorar en la enorme complejidad y riqueza que contiene.»

«A pesar de las tensiones que España ha sufrido en las últimas décadas, jamás ha llegado a calar una opinión mayoritaria contraria al reconocimiento social de su diversidad. Esa diversidad sólo se ha convertido en un problema cuando políticamente se ha insistido en hacer de ella un problema.»

Los combates por la historia de España

«Una forma de distinguir un libro de historia de un manual de ejercicios del espíritu nacional es identificar el recurso facilón consistente en hacer creer a los lectores que ellos fueron también los protagonistas del pasado. Ello permite a sus avisados promotores convencer a sus audiencias de que deben sentirse “orgullosas” de las ideas y gestas de los personajes pretéritos como si fueran propias y compartieran valores idénticos a los suyos. Es una falsedad tan evidente (ninguno de nosotros ha nacido en otro tiempo que no sea el presente, conviene siempre recordarlo) que causa sorpresa comprobar que siga surtiendo efecto.»

«No es de recibo que hoy en día se sigan repitiendo las gestas de Pelayo o Hernán Cortés para remachar el orgullo histórico de “ser españoles”. Es difícil entender que un relato tan manido como inexacto sea el único ofrecido a una sociedad en la que la religión ya no juega el papel que tenía tradicionalmente, en la que el protagonismo castellano ha dejado de ser decisivo, y que alberga todo tipo de gentes, creencias y agnosticismos en un marco democrático que algunos parecen sólo defender en tanto en cuanto se identifique con sus intereses. No es únicamente que la “Reconquista”, la unidad de los Reyes Católicos o la empresa colonial en América como forjadoras de la nación española sean ideas inasumibles para cualquier historiador dotado de un mínimo rigor, es que ni siquiera tienen un carácter vertebrador, a no ser que lo que se pretenda sea definir una identidad histórica de la que queden excluidos aquellos que no se identifiquen

con el programa de los “reconquistadores”, de los “conquistadores” o de los perseguidores de las herejías y de las disidencias políticas.»

«En el otro lado de estos combates por la historia existe un panorama algo más confuso, aunque no por ello menos identificable. Ello se debe a que la trinchera que, a falta de una denominación mejor, llamaré “culturalmente progresista” se caracteriza por tener, en líneas generales, una idea menos clara de lo que es y puede significar la historia de España. Sus más destacados portavoces suelen centrarse en la reivindicación de la memoria histórica ligada a la Guerra Civil y al franquismo, pero muestran más dificultades, o menos interés, en articular una visión coherente sobre el resto de la historia del país. Los combates por la historia se han centrado así en estos y otros temas puntuales, tales como la negación de la “Reconquista” como origen de la nación española, o el “genocidio” de las poblaciones indígenas americanas. Sin embargo, en general, estos combates apenas han abierto una brecha en el relato canónico de la historia de España, a pesar de la virulencia con la que el bloque conservador suele responder ante cualquier intento de poner en tela de juicio sus hitos históricos.»

«También es verdad que, si la “historia de España” se ha quedado estancada en un relato muy obsoleto, ello se ha debido también a que le ha salido una fuerte competencia en las historias de Cataluña, del País Vasco, de Galicia y de otros territorios. En esas historias alternativas, el concepto de nación histórica no plantea a sus autores tantas objeciones y reservas como les ocurre con España.»

«Es cierto que España, tal y como hoy la entendemos, no ha existido siempre. Pero tampoco Cataluña, el País Vasco, Galicia o Andalucía han existido siempre, contrariamente a lo que pretenden las visiones en boga de sus respectivos pasados [...]. Al haber enfocado sus historiadores el “horizonte de sucesos” en sus propios ámbitos territoriales, excluyendo los demás, ha sido inevitable que la España histórica se haya visto reducida a ser la percha de los agravios del pasado, tenazmente retratados por esas visiones periféricas.»

¿Qué es España?

«La única manera razonable de manejar un concepto tan escurridizo es asumir que siempre hay algo de convención en presentar su historia. La “España” actual hubiera sido irreconocible para quienes vivieron en cualquiera de las muchas “Españas” del ayer. No sólo su configuración política y territorial ha cambiado mucho; también las ideas e ideales asociados a las Españas del pasado eran muy distintos, e incluso contradictorios con la de hoy.»

«Frente a la idea de una España inmutable y eterna, la evidencia demuestra que han sido muchas las Españas que se han invocado a lo largo de los siglos, y frente a lo que pretenden algunos irresponsables, “nuestra España” no es, ni puede ser, la misma que la de los ancestros.»

«La diversidad, que asumimos que existe cuando viajamos por el continente, es la misma que encontramos también en su rincón suroccidental. Esto era algo reconocido ya por los autores clásicos, que hablaban de pelendones, autrigones, astures, vascones, vacceos, lobetanos y un largo etcétera de pueblos prerromanos con lenguas, religiones o costumbres distintas. Si hay que buscar, pues, un rasgo originario en la historia de España, ése no es otro más que la diversidad.»

«Los historiadores nacionalistas, siempre dispuestos a ensalzar cualquier mención que dé lustre a su materia en los siglos medievales, han pasado por alto el hecho de que la primera historia escrita de manera explícita sobre “España” no fue obra de ningún escritor romano, visigodo o cristiano. La primera “historia de España”, planteada de manera explícita como la de todo el territorio ibérico, fue compuesta por un autor árabe, que escribía en la Córdoba de los omeyas, en pleno siglo X. Naturalmente, tal “olvido” se debe a que ese autor, Aḥmad al-Rāzī (m. ca. 955), escribía en árabe, era musulmán y no empleaba Hispania para referirse a la península, sino al-Andalus, un nombre que aparece ya inscrito en las monedas acuñadas poco después de la conquista del año 711, aunque no sabemos con certeza de dónde viene y por qué los árabes decidieron cambiar la antigua denominación de Hispania [...]. Escribir la historia de al-Andalus desde sus orígenes era, por lo tanto, una forma de reclamar este territorio.»

«En un célebre discurso pronunciado en 1434 ante el Concilio de Basilea, Alonso de Cartagena, un judeoconverso que llegó a ser obispo de Burgos, afirmaba que “los castellanos, los gallegos y los vizcaínos son diversas naciones y usan diversos lenguajes”. Aunque estas menciones medievales a la idea de “nación” nada tienen que ver con la surgida en época contemporánea, es evidente que en pleno siglo XV, en vísperas de la unión dinástica de los Reyes Católicos, se habían consolidado comunidades bien diferenciadas en los reinos surgidos en la antigua Hispania.»

La cuestión genética

«Las tres conquistas que, en tiempos históricos, han marcado la historia de España han sido la romana, la visigoda y la árabe, que supusieron la llegada de gentes procedentes de latitudes muy distintas. Hasta épocas recientes, y aparte de la llegada puntual de francos a algunas ciudades, sólo otros dos pueblos también se habían asentado en la península en un número significativo: los judíos, que desde su diáspora en el siglo I d. C. comenzaron a establecerse por todo el territorio en sucesivas oleadas, y los gitanos o romanís, que lo hicieron durante el siglo XV,

procedentes del interior de Europa. Este panorama ha cambiado mucho a lo largo de los últimos cincuenta años debido a las inmigraciones procedentes desde Latinoamérica y África, así como a la irrupción del turismo y a la llegada de jubilados europeos.»

«La cifra de árabes y bereberes llegados con la conquista del año 711 es un tema que suscita vivas controversias. Ello se debe a la preocupación etnicista de la intelectualidad española del siglo XX, obsesionada por definir los elementos “occidentales” y “orientales” en el denominado “pueblo español”; o, por decirlo con las palabras que empleaban autores como Ortega y Gasset, Américo Castro o Sánchez-Albornoz, cuánto de “europeos” o de “semitas” tienen los españoles. Naturalmente, las ideas de estos intelectuales sobre el “semitismo” o sobre la “raza” causan hoy en día verdadero sonrojo, lo que no impide que algunos sigan dando vueltas a las peregrinas ideas que sobre estos temas tenían esas venerables figuras. De hecho, se olvida con mucha frecuencia que, por muy sabios que fueran estos grandes eruditos, el conocimiento histórico que existía en su tiempo era mucho menor que el que actualmente está al alcance de cualquiera, por lo que resulta desolador comprobar que sus trasnochadas interpretaciones aún sigan teniendo crédito entre quienes dedican su tiempo a elaborar sesudas disquisiciones sobre la esencia y el ser de España.»

«[Tanto la expulsión de los judíos como la de los moriscos] fueron un golpe muy fuerte para la diversidad que había albergado este territorio durante la época medieval y es seguro que sus impulsores pensaron que habían acabado para siempre con el problema que planteaba la diversidad religiosa y cultural del país. Hoy sabemos que estaban equivocados. Cualquier persona nacida con anterioridad al año 1975 ha sido testigo de un cambio radical de la población española que carece de cualquier precedente en cualquier otro momento de la historia. A la muerte del dictador, vivían en España apenas 160.000 extranjeros, la mayor parte de ellos europeos. Hoy en día, de los casi 48 millones de habitantes que tiene el país, más de un 14 % son inmigrantes regularizados procedentes de América Latina, África y otros países de Europa, según los datos oficiales [...]. Una buena pregunta para los historiadores es saber si, teniendo en cuenta estos datos, se puede seguir definiendo lo que es España recurriendo a Isidoro de Sevilla, a Pelayo, a Alfonso X o a los Reyes Católicos. La respuesta a este simple interrogante retrataría muy bien a cada cual.»

Judíos de Sefarad

«La imagen tópica suele asociarlos como un grupo reducido de sabios médicos, avariciosos prestamistas o ricos mercaderes urbanos, pero hay muchas evidencias que prueban que la mayor parte eran artesanos o pequeños comerciantes y que sólo una minoría, eso sí, muy señalada,

practicaba actividades como el préstamo y la medicina. Los judíos no vivían únicamente en las ciudades, sino también en zonas rurales. Cuando los reyes desoían los preceptos eclesiásticos y nombraban a judíos para cargos de gobierno, tan sólo estaban reflejando la propia diversidad social sobre la que gobernaban.»

«A lo largo del siglo XIV comenzaron a proliferar frailes enardecidos que predicaban ante grandes audiencias urbanas que todos los males políticos y sociales provenían de los judíos, denunciando también que sus maquinaciones y el apoyo de gobernantes impíos los ponían al abrigo de las tribulaciones que castigaban al común de los cristianos. Cualquier indicio de que la buena fortuna acompañaba a un judío frente a las penurias de un campesino o artesano cristiano tenía así el potencial de convertirse en un agravio que, inflamado por la propaganda, sólo podía desbordarse de manera crecientemente agresiva.»

«Si la principal razón de la expulsión era impedir la “contaminación” de los conversos a través de sus antiguos correligionarios, parece evidente que tal peligro podía darse ya por zanjado, merced a los oficios del Santo Oficio. Es muy posible, por lo tanto, que los Reyes Católicos tomaran la medida simplemente porque se vieron arrastrados por el desquiciado ambiente que ellos mismos habían generado con sus sucesivas medidas.»

«Recientemente, se ha tratado de relativizar el peso de la Inquisición en la configuración de la España moderna, aludiendo que el número de gentes ejecutadas fue menor a la producida en otras latitudes también afectadas por el fanatismo religioso. Este argumento es absurdo. El peso y la influencia de la Inquisición no pueden medirse simplemente en el número de personas finalmente ejecutadas, sino en los miles de procesos a los que dio lugar y al justificado temor que sus pesquisas provocaban entre todo aquel contra el que se incoara un proceso. Las consecuencias de la condena se extendían a los descendientes del “judaizante”, que quedaban inhabilitados para el ejercicio de cualquier cargo público.»

Diversidad lingüística

«Comparado con países de nuestro entorno como Francia, Alemania o Italia, España ha preservado una singular riqueza lingüística que convive con la proyección global que ha permitido al castellano y al gallego-portugués codearse con otras lenguas universales habladas también por cientos de millones de personas.»

«A la errónea idea de que el euskera es un fósil lingüístico ha contribuido, paradójicamente, el propio nacionalismo en su afán de presentar la historia de un indómito pueblo vasco que ha

mantenido una resistencia multiseccular frente a cualquier forma de asimilación exterior [...]. Esta visión se basa en una serie de mitos históricos que está costando mucho desmontar. Es inexacto, por ejemplo, afirmar que el Imperio romano no penetró en el País Vasco o que, si lo hizo, estuvo simplemente “de paso” sin afectar a las bravas gentes de este territorio. Están bien documentadas al menos tres calzadas romanas de dirección norte-sur que atravesaban esta región y por las que transitaban gentes, mercancías e ideas.»

«Durante el franquismo ni se pudo ni realmente se quiso acabar con el euskera, debido al fuerte apoyo que esta lengua tenía dentro de la sociedad vasca, incluso entre sus sectores más conservadores.»

La lengua del Imperio

«La casualidad hizo que la publicación de la obra de Nebrija coincidiera con el año en el que se produjo la toma de Granada y la llegada de Cristóbal Colón al continente americano. Ello ha dado pábulo tanto a enfervorecidas interpretaciones del nacionalismo español, que lo consideran poco menos que un hecho providencial que dotó al imperio de una lengua única, como a interpretaciones hostiles de los restantes nacionalismos peninsulares, que ven en la obra del ilustre filólogo el ariete lingüístico de un programa de homogeneización cultural destinado a acabar con sus propias lenguas. La realidad, en cambio, fue bastante más prosaica. El esfuerzo de Nebrija ni fue comprendido por todos en su época ni tuvo más impacto que el de facilitar la publicación de otras gramáticas castellanas que contribuyeron también a la temprana normalización de esta lengua. No hay constancia de ningún tratado político, de ninguna ordenanza educativa o de ninguna ley que asumieran las consecuencias supuestamente trascendentales que implicaba la gramática de Nebrija, “compañera del imperio”, y, de hecho, después de su aparición en 1492 no volvió a ser publicada hasta el siglo XVIII.»

«A pesar de ser un lugar común muy extendido, la lengua castellana nunca llegó a convertirse en un elemento de cohesión política en el Imperio español de la época de los Austrias durante los siglos XVI y XVII. Los monarcas de esta dinastía eran muy conscientes de que sus dominios peninsulares, europeos y trasatlánticos incluían a gentes con lenguas muy diversas, y hubiera sido un empeño inútil el pretender que todos ellos se expresaran en el mismo idioma.»

«Es evidente que la creación de una corte única sirvió para reforzar el predominio del castellano. La nobleza catalano-aragonesa tendió a adoptar una lengua que le servía para desenvolverse en las más altas instancias del poder y le permitía eventuales alianzas políticas o familiares con miembros de su misma clase de otras regiones. Aunque en Cataluña y Valencia las instituciones,

los trámites legales o los juicios siguieron usando el habla común entre la población, otros indicadores muestran su retroceso cultural. A finales del siglo XV, en Valencia la mayor parte de los libros impresos estaban escritos en catalán o en latín, pero a lo largo de la centuria siguiente su número se redujo a favor del castellano, porque ello aseguraba una mayor cantidad de lectores y, por lo tanto, de ventas.»

«Durante las discusiones para la redacción del texto constitucional [de 1931], estos principios encontraron gran número de detractores, entre ellos Miguel de Unamuno, quien dejó en el camino una ristra de intervenciones parlamentarias y de artículos en prensa en los que plasmó un buen número de tonterías sobre la “religión imperial”, la “religión lingüística” o “la raza”. Estas posiciones encontraron una razonable respuesta en gentes como el historiador Claudio Sánchez-Albornoz, que no era precisamente sospechoso de radicalismo izquierdista: “Solo mediante la concesión de máximas libertades y mediante los máximos respetos a las hablas regionales podremos encontrarnos todos a gusto dentro del estado que estamos edificando todos juntos”.»

Diversidad en Al-Andalus

«La caída del reino de Toledo en 711 interrumpió bruscamente la política antijudía de los reyes visigodos. No hay que idealizar las formas de gobierno musulmán en la Edad Media, tal y como hacen los fundamentalistas islámicos, que pretenden resucitar un pasado imposible en el presente, pero es verdad que los conquistadores plantearon el tema de la diversidad religiosa de una forma muy distinta a la política exclusivista y totalitaria que habían puesto en práctica los monarcas visigodos del siglo VII.»

«La idea de que las religiones podían coexistir, siempre y cuando no se mezclaran ni pusieran en tela de juicio la primacía política, social e ideológica del islam, acabó consagrándose en al-Andalus y terminó teniendo un gran desarrollo en la península ibérica durante toda la época medieval.»

«Frente a la idea de que en muchos lugares los años finales del dominio musulmán estuvieron dominados por reyezuelos insignificantes y aterrorizados ante los bravos guerreros cristianos, lo cierto es que las gentes de al-Andalus intentaron hacer frente a la conquista ensayando formas políticas y de religiosidad muy novedosas. Si estas formas hubieran surgido en cualquier enclave del occidente cristiano, a buen seguro habrían hecho correr ríos de tinta proclamando lo asombroso de que en época medieval se hubieran producido experimentos políticos tan originales e inéditos. Pero lo hicieron en un territorio andalusí condenado a ser reconquistado, y ello ha hecho que su interés haya palidecido ante las conquistas cristianas de ciudades como

Córdoba (1236) o Sevilla (1248) por parte de Fernando III de Castilla o de las islas Baleares (1229) o Valencia (1238) por Jaime I de Aragón.»

«La historiografía conservadora española ha buscado minimizar la importancia de este fenómeno denominando a estos musulmanes “mudéjares”, un término que procede del árabe *mudaʿyan* y que significa “domeñado, alguien a quien se le ha permitido quedarse”. Sin embargo, los textos medievales no utilizan jamás este término. Hablan de los musulmanes que vivían en territorios cristianos como “moros de paz” o “moros del rey”. Mudéjar sólo se empezó a utilizar a partir del siglo XVI, tras la toma de Granada. Más tarde el vocablo se consagró en el lenguaje de los nacionalismos ibéricos para unirla a la idea de un “cuerpo extraño” a la sociedad cristiana condenado a ser “residual” y a desaparecer con el paso del tiempo. Se evita así encarar el hecho de que en los tiempos más expansivos de la llamada “Reconquista” se fomentó la existencia de comunidades musulmanas en los reinos cristianos y que, además, fueron favorecidas por los propios monarcas, que consideraban fundamental su contribución económica y social.»

Reconquista, ¿qué reconquista?

«En la Edad Media no se hablaba de “Reconquista”. Tampoco los historiadores de época moderna, como Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales o el padre Mariana, se referían con esa palabra a la expansión cristiana frente a los musulmanes: en las grandes historias que estos autores compusieron en los siglos XVI y XVII, las ciudades y las tierras se “habían ganado” o se “habían conquistado”, pero nunca se “habían reconquistado” frente a los musulmanes. El término sólo empezó a usarse a finales del siglo XVIII.»

«En realidad, el mayor problema que plantea el término “Reconquista” es que, aparte de haber sido secuestrado por la ideología nacionalista más reaccionaria, da por sentadas demasiadas cosas que están lejos de poder ser explicadas bajo un esquema tan simplista. Por ejemplo, el saqueo de Santiago de Compostela por Almanzor, al que me acabo de referir, contó con el apoyo de un sector de la aristocracia leonesa que se encontraba enfrentada a su rey, Bermudo II, y que participó luchando al lado de la expedición musulmana.»

«Debo aclarar también que no estoy tratando de argumentar que debemos evitar referirnos a la “Reconquista” para no provocar la reacción por parte de unos extremistas [islamistas] que, desde luego, no necesitan de muchas justificaciones para realizar sus siniestras acciones. Mi tesis es más bien que cuando se desempolvan argumentos medievales para planificar el presente lo más probable es que acabemos reproduciendo los mismos conflictos medievales que los terroristas están tratando de sembrar y activar en nuestras sociedades democráticas.»

Diversidad en las Indias

«Muchas sociedades indígenas desaparecieron, o sobrevivieron diezmadas a causa de la conquista, de las implacables condiciones del dominio colonial o por los efectos de las enfermedades. Pero lo que en última instancia acabó con esas sociedades fue la asimilación de sus miembros en la nueva sociedad colonial, en especial las mujeres. Es inexacto, por lo tanto, defender que existiera una deliberada política de exterminio físico de los indígenas, tal y como a veces se sugiere desde ciertas visiones históricas. No hay duda de que durante la conquista se produjeron sucesos de extrema crueldad y que el régimen de la encomienda o el trabajo en las minas produjeron cuantiosas pérdidas y padecimientos humanos. Sin embargo, el objetivo de los conquistadores nunca fue el “exterminio” físico de los indígenas americanos, una política que habría ido en contra de sus intereses como colonizadores. De una forma inconsciente, cruel, paradójica y contradictoria, la conquista española creó en América una nueva sociedad diversa.»

«Los eclesiásticos, con Bartolomé de las Casas a la cabeza, acabaron logrando que los indígenas fueran considerados como *personae miserabiles*, una figura reconocida en el derecho romano y que se aplicaba a gentes vulnerables, necesitadas de protección especial ante los tribunales, para evitar que se cometieran arbitrariedades contra ellos o tuvieran que afrontar costes judiciales inasumibles.»

«Otras ideas de Bartolomé de las Casas, en cambio, no eran tan buenas. En particular, su proyecto de que el trabajo en las minas fuera realizado por esclavos negros, llevados desde África, fue utilizado ya en su época para promover el tráfico de seres humanos, todavía muy incipiente y limitado, pero que con el tiempo acabaría alcanzando grandes proporciones.»

Contra la arrogancia colonial

«Las narraciones históricas españolas sobre América suelen tender a la grandilocuencia. La unidad del idioma, la evangelización, los vínculos de hispanidad, las bondades del dominio español, lo excepcional de la “primera globalización” y un largo etcétera de lugares comunes han plagado un discurso nacionalista tan reiterativo como falto de verdadera sustancia. Ese discurso, muy en boga desde finales del siglo XIX y omnipresente en época franquista, ha experimentado un insólito renacer en los últimos años.»

«Entre la exaltación, la autoflagelación y la utilización política, el pasado de las colonias americanas no parece, pues, que pueda dar para otra cosa que no sea alimentar una guerra cultural bastante enquistada. En el fondo, sin embargo, ello es reflejo del carácter “subalterno”

que América ha tenido siempre en el pensamiento español: a sus grandes cabezas, obsesionadas con el problema de España, América sólo les ha interesado en tanto en cuanto les ha servido para constatar los supuestos éxitos o los irremediables fracasos históricos del país.»

«Mientras que en otros países se ha normalizado la “descolonización” del conocimiento histórico como forma de evitar la perpetuación de ideas de superioridad, en el nuestro se sigue insistiendo en el progreso que encarnaban los conquistadores y en la maldad o el atraso de los sistemas políticos indígenas. Por mucho que estas declaraciones sean sugeridas por serios académicos, repetidas por publicistas y jaleadas por políticos, hacer estas valoraciones es, en términos historiográficos, un paso atrás en el conocimiento histórico similar al que implicaría declarar que en nuestro país hemos descubierto que el Sol gira alrededor de la Tierra. De igual forma que hablamos de “mala ciencia”, se pueden calificar muchas interpretaciones del nacionalismo español sobre este tema como de “mala historia” sin paliativos, y como una penosa muestra de la pervivencia de esa arrogancia colonial, todavía percibida con toda la razón entre muchos sectores de los países latinoamericanos. Sin embargo, y del mismo modo que el nacionalismo histórico español debería revisar sus planteamientos, también sería recomendable que las visiones críticas de la colonización española se replantearan su propensión a emitir juicios sumarios que señalan de forma tajante a culpables y víctimas. Entender así el pasado sólo ayuda a forjar una conciencia histórica basada en un irreversible victimismo.»

Mestizaje vs. Leyenda Negra

«Cuando hoy en día ilustres académicos y animosos publicistas se empeñan en desmontar la Leyenda Negra o sacan a relucir el argumento del “y tú más” frente a otros países, la sensación que transmiten es que llegan demasiado tarde. La guerra propagandística se perdió hace tiempo y hoy en día ninguna de las antiguas potencias coloniales se atreve a presentar su dominio como una bondadosa acción civilizadora. Seguir buscando motivos para contrarrestar los efectos de la Leyenda Negra es, pues, un intento algo quimérico, que si bien puede ofrecer réditos para el consumo interno, ofrece de puertas afuera el retrato poco favorecedor de un país que aún parece estar lidiando con sus fantasmas del pasado.»

«Lo peor de estas guerras culturales algo obsoletas es que han oscurecido el paradójico problema que encierra la llegada de los españoles a América. La española fue la única colonización europea de esta época que conjugó la violencia con el mestizaje como forma de asimilación social y religiosa. Esto ocurría en el mismo momento en que en España las políticas de conversiones forzosas y de expulsiones contra judíos y musulmanes estaban cambiando radicalmente la fisonomía de la sociedad.»

«El español tiene 84 palabras distintas para definir formas de mestizaje humano. La mayor parte de estas palabras surgieron en Latinoamérica en época colonial, y aunque no todas siguen hoy vigentes y muchas sólo se usaron en ciertas regiones, se trata de una riqueza lingüística extraordinaria, reflejo tanto del mestizaje social como de la obsesión por definir y clasificar a los descendientes de las uniones entre gentes de etnias diversas. Es, de nuevo, una de tantas paradojas que alberga la historia colonial de España: se dieron las condiciones necesarias para que pudieran darse mestizajes impensables en cualquier otra latitud, pero el resultado de esa diversidad tuvo que ser identificado, regulado y, en buena medida, reajustado, porque en última instancia todos eran hijos de Dios, excepto que algunos, como siempre, lo eran más que otros.»

«La homogeneidad étnica y la autosuficiencia económica que instauraron los ingleses en sus colonias del norte del continente americano contrastan con los objetivos de la monarquía española, consistentes en extender el catolicismo y asegurarse la extracción de recursos con vistas a su envío a España. Ambas formas de colonialismo entrañaban asimilación, desarraigo y explotación, pero, en el caso español, la persistencia de una diversidad étnica y cultural no fue percibida como una amenaza para el orden social, siempre y cuando no pusiera en cuestión el dogma católico. Exactamente lo contrario había ocurrido en la península con respecto a musulmanes y judíos, estigmatizados tanto por su credo como por su sangre.»

Diversos, a pesar de todo

«¿Por qué, y después de la supresión de musulmanes y judíos, han fracasado en época moderna y contemporánea los intentos de acabar con la diversidad política, social y cultural que existe en España desde la Edad Media? La misma pregunta se puede hacer también desde una perspectiva distinta: ¿por qué los particularismos políticos y culturales de diversos territorios han resistido frente a sucesivos intentos homogeneizadores de acabar con ellos? La contestación a ambas preguntas es también bifronte. Para los defensores del nacionalismo español, nunca se ha logrado imponer una homogeneidad política y cultural en España porque los medios políticos, administrativos e ideológicos no han estado a la altura del empeño, a causa de la debilidad del estado, en contraste con Francia, que sí consiguió anular los particularismos en nombre de la identidad francesa. En cambio, los nacionalismos periféricos responden a esta pregunta señalando que la causa del mantenimiento de la diversidad residió en la decidida resistencia frente a las agresiones del expansionismo castellano por parte de unas poblaciones con identidades tan profundas como imposibles de erradicar.»

«La resistencia de las poblaciones diversas a los intentos de homogeneización impidió que éstos pudieran materializarse, lo que, en el largo plazo, generó en ellos tales debilidades y contradicciones que incluso las propias élites centralistas que intentaban imponerlos carecieron de la unanimidad y de la capacidad que hubieran sido necesarias para llevarlas a efecto. Ello explica la escasa continuidad, eficacia e incluso convicción con las que esos proyectos se realizaron.»

«Hay además otro argumento adicional que explica por qué la diversidad política y social ha llegado hasta nuestros días en un grado mayor que el de otros países de nuestro entorno: en realidad, esa diversidad no ha creado nunca conflictos irresolubles entre las comunidades territoriales que habitan la península ibérica.»

«Cuando se introducen estos filtros —la resistencia a la imposición de una homogeneidad política y cultural, la carencia por parte del poder central de medios adecuados para acometer esa homogeneización y, sobre todo, la ausencia de conflictos intercomunitarios irresolubles—, el mantenimiento de la diversidad política y cultural de España hasta nuestros días se hace más comprensible. Obviamente, no estoy tratando de decir que las ibéricas sean angélicas comunidades pacíficas en contraste con otros pueblos más violentos. Mi argumento es que, mientras que a lo largo de la historia de España las diferencias religiosas han sido siempre objeto de medidas drásticas y de una represión inaudita, la diversidad social y cultural dentro de sus territorios no ha dado lugar a unos conflictos sociales insalvables.»

Liberalismo y diversidad

«Aunque se puede culpar al liberalismo de las Cortes de Cádiz de haber ignorado la diversidad histórica de España, en ese momento las prioridades eran otras. La famosa frase que pronunció, al presentar el texto constitucional, uno de sus redactores, el cántabro Agustín de Argüelles — "Españoles, ya tenéis patria" —, ejemplifica la creencia que tenían los diputados liberales de haber dado a la luz un ideal de convivencia y de libertad para toda la nación en el que habían participado diputados procedentes de toda España y de las colonias americanas.»

«Un factor que impidió que la construcción alcanzara una mayor robustez fue la dificultad objetiva que los arquitectos del estado liberal tuvieron para acomodar en el nuevo régimen a las diferentes élites que dominaban en un país tan diverso y tan poco cohesionado socialmente. Esas élites estaban tan atomizadas, tenían intereses tan contrapuestos y se movían por unos principios ideológicos tan variados y, a veces, confusos que resultó imposible lograr con ellas

unos pactos políticos explícitos y duraderos que dieran solidez a los cimientos del estado liberal en todo el país.»

«La ausencia de un amplio apoyo social en torno al ideario liberal tuvo consecuencias. Una de ellas fue que, en muchas ocasiones, el ejército se convirtió en actor del cambio político mediante pronunciamientos y levantamientos militares que habrían de marcar la historia de España durante los siglos XIX y XX y que consagraron una cultura de violencia política que, como veremos en el siguiente capítulo, tuvo efectos catastróficos. Fueron muchos los militares que se autoconvencieron en sus cuarteles de que, o bien eran ellos los llamados a imponer por la fuerza los programas que los civiles eran incapaces de gestar o gestionar, o bien estaban obligados a poner orden en una situación política que se estaba yendo de las manos. Sólo hasta 1881, el político liberal José Canalejas calculaba que se habían producido 81 pronunciamientos militares en España a lo largo de las décadas previas.»

«Los héroes del liberalismo español tuvieron que contentarse, como mucho, con dar nombres a las calles de los ensanches urbanos decimonónicos. La falta de un consenso social y político en torno a ellos y a sus ideas impidió que se creara una galería de figuras unánimemente aceptadas en una época muy dislocada ideológicamente.»

El caso vasco

«La diversidad vasca, compleja y contradictoria, no desapareció tampoco como consecuencia de la suspensión del régimen foral. En las décadas siguientes, y hasta la época de la Guerra Civil, habría de tomar muchas formas ideológicas y políticas: desde la reivindicación étnica, alentada por los escritos más radicales de Sabino Arana a favor del independentismo en las décadas finales del siglo XIX, hasta las posiciones abiertamente integristas que defendía la Comunión Tradicionalista, bien implantada en zonas de Navarra y del País Vasco y que dio su decidido apoyo a la sublevación del general Franco en julio de 1936, pasando por las posturas ambivalentes del primer Partido Nacionalista Vasco, que también habría de correr un largo y sinuoso recorrido hasta convertirse en una fuerza nacionalista con una impecable convicción democrática hoy en día. En el camino, sin embargo, quedaron múltiples desgarros sociales y políticos, agravios supuestos y reales, y violencias inauditas, como las perpetradas por la dictadura franquista en sus últimos años o las llevadas a cabo por el terrorismo de ETA, basado, nunca debe olvidarse, en una interpretación mítica del pasado del pueblo vasco.»

El caso catalán

«Durante buena parte del siglo XIX, los liberales y demócratas catalanes contribuyeron de una manera u otra a la construcción del estado español sin poner nunca en cuestión su legitimidad. Para ellos, los antiguos fueros e instituciones habían quedado enterrados por los decretos absolutistas de Nueva Planta, y, contrariamente a lo que pretendían los foralistas vascos, su prioridad era la construcción de un “sistema polític avançat”. En ese empeño podía darse una doble adscripción identitaria —“España es la nación, Cataluña es la patria”— que les parecía perfectamente compatible, y que se ajustaba muy bien a los intereses económicos que tenía en el resto del país una región que ya comenzaba a ser considerada como “la fábrica de España”. Ni siquiera los filólogos que estudiaban la lengua catalana, o los historiadores que empezaban a desenterrar y sistematizar el gran legado documental de la corona de Aragón en la Edad Media, planteaban sus trabajos como una reivindicación nacionalista, sino más bien como elementos de una herencia propia que complementaba a la del resto de España. Durante las últimas décadas del siglo XIX y a comienzos del XX, este panorama, sin embargo, empezó a cambiar. Fue entonces cuando emergió una fuerte conciencia nacionalista que, por primera vez en doscientos años, volvió a poner seriamente en tela de juicio la vinculación de Cataluña con el resto de España.»

«La presencia en Madrid de políticos como Francesc Cambó, el abogado, convertido en millonario y líder de la Lliga Regionalista, tuvo el efecto paradójico de estrechar los vínculos con las élites centralistas y, al tiempo, provocar una creciente desconfianza mutua. Lo que para los unos era una cuestión de incompreensión hacia unas razonables propuestas de autogobierno, para los otros era una cuestión de hartazgo hacia unas reivindicaciones inacabables que parecían configurarse como peldaños sucesivos hacia el objetivo final de la independencia.»

La violencia contra la diversidad

«El largo siglo XIX dejó en España un legado de extrema violencia como el país no había conocido desde la época medieval. Fue una violencia gestada ya durante la guerra de la Independencia, que, aparte de alcanzar un pavoroso número de víctimas y pérdidas materiales, fue una contienda que dejó tras de sí un imponente arsenal de ideas y de armas en muchas y distintas manos. En las décadas siguientes, esas ideas y esas armas se usaron numerosas veces en las luchas entre absolutistas y liberales, o entre moderados y progresistas, que cifraban en pronunciamientos militares o insurrecciones las expectativas de cambios políticos en el país. A medida que avanzaba el siglo, y sobre todo durante su segunda mitad, la creciente conflictividad social dio también un protagonismo cada vez mayor a unos sectores populares con los que el liberalismo apenas había contado hasta entonces. En el implacable clima político creado ya por aquella época en España,

las reivindicaciones de estas clases encontrarán en muchas ocasiones como única respuesta los mamporros, las torturas y las balas.»

«La primera guerra carlista dio lugar, además, a una cultura de bandos en la que la pertenencia a un lado u otro se convirtió en cuestión de vida o muerte.»

«El carlismo incluyó también una de las formas de violencia que más nos cuesta entender a los historiadores: aquella en la que amplias capas de las clases populares apoyaban programas políticos de índole reaccionaria que se oponían a avances democráticos. La segunda guerra carlista respondió a esta característica.»

«Lo más insólito es que el legado de la violencia carlista de gentes como Zumalacárregui y el cura Santa Cruz también fue reclamado en la segunda mitad del siglo XX por la izquierda abertzale vasca.»

La reacción de la España católica y sólo católica

«El auge del anticlericalismo durante el inicio del siglo XX en España no puede entenderse sin tener en cuenta el monopolio que la Iglesia ejercía con el apoyo del poder político y económico sobre infinidad de aspectos de la vida que se extendían desde la pila bautismal hasta la sepultura.»

«[Durante la II República], el estado, que se reconocía carente de religión oficial, renunciaba a seguir financiando al clero, tal y como había venido haciendo hasta entonces, y se obligaba a disolver aquellas órdenes religiosas que impusieran a sus miembros la obediencia a una autoridad distinta a la suya [...]. La consigna frente a esta nueva situación consistió en proceder al rearme ideológico y político de las fuerzas tradicionalistas, agrupadas en torno a la idea de que una institución que había conformado históricamente el ser de España estaba siendo víctima de una persecución sin precedentes. De ahí que decisiones gubernamentales como, por ejemplo, la orden de retirar los crucifijos de las escuelas para resaltar el carácter laico de la educación se convirtieran en piedra de escándalo capaz de movilizar amplias protestas que fueron recordadas durante la Guerra Civil.»

«No hay ninguna prueba de que la jerarquía católica participara en la conspiración que llevó al alzamiento militar de julio de 1936, pero la mayoría de los militares que decidieron rebelarse contra el gobierno de la República se presentaban como fervorosos creyentes más o menos sinceros, como también lo eran los pistoleros falangistas que en los meses previos habían

sembrado el caos y la inseguridad en muchas ciudades del país en sus sangrientos enfrentamientos con socialistas y anarquistas.»

«Desde el principio, ese bando dejó muy clara, además, su intención de aniquilar físicamente a cualquiera que no comulgara con sus principios. O, para decirlo en las célebres palabras del principal dirigente del golpe militar, el general Emilio Mola: “Hay que sembrar el terror [...], hay que dejar la sensación de dominio y eliminar sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros”.»

El fracaso de la violencia franquista

«[El del turismo] es un ejemplo muy evidente de cómo el programa totalizador que el régimen había impuesto de manera brutal durante su primera época acabó entrando en contradicción con unos cambios económicos y sociales inesperados e imprevistos. Un análisis más profundo del que yo puedo ofrecer aquí revelaría otros resultados similares en otras áreas. A pesar del enorme sufrimiento que produjo y de la represión que alentó, sin parangón en la historia de España, el programa de homogeneización que movilizó a los militares golpistas en julio de 1936 comenzó a mostrar pequeños signos de fracaso poco después de imponerse. Naturalmente, llevó mucho tiempo que esas primeras grietas acabaran resquebrajando el edificio de homogeneidad que la brutalidad del régimen había impuesto. Contemplado desde una perspectiva histórica, sin embargo, se trató del enésimo fracaso de los intentos que históricamente se han producido para otorgar al país de una uniformidad social y política de la que, simplemente, ha carecido siempre.»

Desnacionalizar la historia

«En una actitud melancólica casi de manual, políticos y publicistas nacionalistas, que en algunos casos se autodefinen incluso como progresistas, añoran un pasado inexistente, idealizado y unilateral, al tiempo que desprecian un presente tangible, diverso y democrático. Si hoy en día deben defenderse las instituciones de autogobierno que existen en Cataluña, el País Vasco y otros territorios, ello no es por unas difusas razones históricas, sino porque se trata de piezas fundamentales para asegurar el régimen de libertades del que disfrutamos todos. En una visión política progresista, la diversidad que hoy vivimos debería ser concebida, pues, como un patrimonio democrático colectivo y no como una marca de identidad excluyente de las otras.»

«Necesitamos más conocimiento y menos emotividad identitaria al tratar un tema tan vasto y complejo como la historia de España. Igualmente, es necesario comprender y respetar los legados históricos diversos que componen esa historia. Cuando hablo de desnacionalizar el pasado de este país no pretendo que haya que renunciar a comprender y explicar las causas de tantos hechos diferenciales como lo componen. Más bien todo lo contrario. Hay muchas preguntas que plantea la diversidad de España que todavía no están bien respondidas por la sobreabundancia de lugares comunes y de apriorismos políticos presentistas que han inundado sus explicaciones. Una historia plural necesita visiones plurales para poder construirse mejor. Otra de las conclusiones de este libro que me gustaría enfatizar es que los historiadores corremos el riesgo de convertirnos en irrelevantes si caemos en la trampa de ser los guardianes de identidades monolíticas, y no sabemos percibir y explicar la diversidad que recorre tanto las sociedades actuales como las del pasado.»

«La diversidad que permea toda la historia de España ha sido asumida de una manera más generalizada de lo que tiende a pensarse, razón por la que la violencia que se ha ejercido contra ella o desde ella tampoco ha conseguido acabar con ella. La propia uniformidad religiosa, que desde el siglo XVII hasta más de la mitad del XX fue santo y seña para los gobernantes y élites del país, ha desaparecido de forma irreversible desde 1978 sin que apenas nadie haya reparado en ello. Procesos inquisitoriales y reconquistas no han podido impedir que, en los albores del siglo XXI, el país se haya vuelto a convertir en un mosaico de creencias y agnosticismos. La España diversa del pasado ha vuelto a ser hoy en día más diversa que nunca.»



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Salvador Pulido (Gabinete Colaborador):

647 393 183 / salvador@salvadorpulido.com

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

